

"El huerfán Valenciano" 4 mayo 1923



La última lección

La lección de las elecciones de Madrid — una gran jornada — debería ser para los republicanos a secas muy clara. Y decimos republicanos a secas, porque los socialistas son republicanos, y así lo han declarado últimamente. Los socialistas han triunfado en Madrid por haber sido los que de una manera clara, precisa y terminante se han pronunciado por el abandono de la empresa imperialista de Marruecos y por haber sido los que en el anterior Congreso presentaron y defendieron la más radical proposición en lo de las responsabilidades, proposición que no se sabe por qué no apoyaron los desdichados que seguían la jefatura del caudillo, del fatídico Lerroux, deshacedor del republicanismo español.

El Lerroux ése es partidario de que se siga la guerra o conquista de Marruecos, y ha hablado más de una vez en pro del protectorado de España sobre Tánger; es un imperialista, no sabemos si por temperamento imperial, napoleónico, o por otras razones más constantes que no se nos alcanzan.

Nuestro buen amigo Castrovido pretende rebatir lo que en nuestro artículo «Socialistas y republicanos» decíamos. Volvemos a repetir que el Lerroux escribió a un amigo nuestro — que nos lo dijo, — primo de un gobernador civil reformista, pidiéndole que éste apoyara a un republicano frente a otro, y si luego el republicano a quien se proponía «proteger» el caudillo no quiso aprestarse a ese juego de disensión, es ya otra cosa.

¿Que el partido republicano de Madrid no formó su candidatura antes esperando a que los socialistas envidaran para decir «quiero»? ¿Y por qué habrían de envidiar? Bien saben los republicanos municipales de Madrid que no lograrán inteligencia con otros republicanos y con los socialistas mientras no rechacen toda ingerencia del «caudillo», mientras no dé a éste de lado, como le han dado a algún otro antiguo guión, no inferior al Lerroux en ningún respecto.

¿Que es mentira que el Lerroux diera 50.000 pesetas para gastos electorales? Nada hemos dicho de ello por nuestra cuenta, sino tomándolo de «El Socialista». Lo que sí sabemos es el que el partido republicano municipal de Madrid acude a uno pidiéndole que sea candidato, y encima se le pide que pague los gastos de la elección, lo que no ocurre ni en el partido socialista ni en ningún otro que sea de veras popular. Es mejor que los partidos populares hagan por sí las elecciones y las paguen, a no que luego

pretendan subir las dietas de los diputados.

Sí, es cierto que la firma del Lerroux va unida a las de Pablo Iglesias y Melquiades Álvarez en el Manifiesto de junio de 1917; pero bien les ha pesado a estos dos señores de haber ido juntos con aquel sujeto en el tal Manifiesto. Y repetimos que es sobre todo el «caudillo» el que ha hecho que los reformistas se aparten del partido republicano sedicente radical. El caudillo y otros por el estilo de él, los caudillejos secundarios en inteligencia con Gobernación. Y con la policía.

¡Los que le oímos antaño a don Nicolás Salmerón las cosas que del «caudillo» ese radical decía! Y tenía motivos para conocerle y conocer sus mañas. ¡Los que recordamos la condenación pública que de él tuvo que hacer don Gumersindo Azcárate!

No, no; todas esas teatrales amonestaciones que el caudillo dirige a la Corona — en el fondo cariñosas, — todas esas soflamas cursis con aquello de «¡señores viajeros, al tren!», no engañan ya a nadie. Ninguno de esos ataques de escarabajo hace pupa. Son ataques de cuerno embolado y por fórmula. Después de ellos el caudillo se queja en la intimidad de lo desagradecido que es con él el gobierno de la monarquía, de lo mal que se le sirve en el encasillado. Sabe que no se le tiene miedo alguno en Palacio; sabe más: sabe que se ríen de él por su obsequiosa servilidad, por sus encorvamientos.

Tienen razón los republicanos socialistas al decir como dicen que el régimen estaría mucho más cerca aún de su caída definitiva si el país sintiera que puede ser sustituido, y el país no siente esto por culpa de ese caudillo teatral que alarma a todos los amigos de la libertad cuando habla de orden y a todos los amigos del verdadero orden — que son los mismos — cuando habla de libertad. Y nos hace reír a todos cuando habla de justicia «ese improvisado licenciado en Derecho civil y canónico, abogado de secano hasta hace poco y procurador de negocios poco claros.

Nuestro amigo Castrovido es demasiado blando de corazón; pero allá, en sus intimidades, sabe de sobra en qué poco buenas compañías le han obligado a ir los azares de una vida de trabajo y de abstinencia. Y él, que sabe historia contemporánea, que no nos haga contar la del movimiento del verano de 1917. Que no ha de salir de ella bien librado el pseudo-republicanismo de caudillaje.

Miguel de UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES